



CAPÍTULO XI.

I.

CONTINUACIÓN DE LOS MONUMENTOS CIVILES.

EL celo de Felipe II en levantar edificios y fortalezas en pró de la ciencia, del género humano y de la verdadera civilización no se limitó á España, sinó que pasando sus fronteras, se extendió hasta lo más remoto de los otros sus reinos. Dicen, con efecto, las crónicas del siglo décimosexto, que gastó aquel gran Rey muchos ducados en edificar fuertes y murallas en las tierras conquistadas del Africa ¹. Si de esta parte del mundo se tornan los ojos á Italia, allí también se ofrecen huellas de la mucha actividad de D. Felipe. Porque es indudable que en todo el Milanesado mandó reedificar las muchas fábricas y plazas fuertes que en años anteriores habían convertido en ruinas los azares implacables de la guerra ².

En la célebre y antiquísima ciudad de Amberes, llamada en francés Anvers, Antuerpia en latín y Antwerpen entre los naturales, levantó Felipe II fortísimo castillo desde sus cimientos. Y después del sitio famoso y rendición de la ciudad al duque de Parma en 1585, mandó reparar los destrozos del

¹ «Hizo en Africa fábricas de fortificación en que gastó millón y medio.» Porreño, *Dichos y Hechos*, pág. 167.

² «En el Estado de Milán hizo reparar las ruinas que habían causado las guerras en las plazas fuertes, y en Flandes mucho más.» Ibid.

asalto en todas sus fortificaciones. Consta asimismo, que hizo fortificar con muros y baluartes muchas otras poblaciones de aquellos países, y entre ellas á Valencianes, ó Valencienes de los franceses, en el condado de Hainaut, en Malinas y en Frejilingas, para mejor asegurar aquellos Estados ¹.

Otros diversos Estados de Italia tienen también no poco que agradecer al Rey Prudente. Porque en ellos levantó Su Majestad gran número de baluartes y varios edificios seculares que dieron belleza é importancia á muchos de sus pueblos. En el ducado de Toscana mandó edificar las fortificaciones nada ménos que de Orbitelo, Talamon, Puerto Hércules y Galta ².

Dejada la Toscana y entrando en tierra de Nápoles, salen bien pronto al encuentro nuevos monumentos, obra de la grande liberalidad y genio de D. Felipe. Dió remate allí muy cabal á la fortaleza solidísima del castillo de San Elmo. Y por la parte que mira al mar, que intitulan del Duque de Alcalá, mandó Su Majestad alzar baluarte de mucha resistencia, junto á Castel del Orbe. Todo lo cual asegura Porreño, y añade: «En tierra de Labor, llave del reino de Nápoles, reparó á Civitela del Tronto, y el castillo y fuerte de Brindez, y hizo de nuevo el de la isla con excesivo gasto ³.»

Hánse de tener presentes asimismo las fortalezas y antemurales solidísimos con que rodeó y engalanó de paso la ciudad de Otranto, poniéndole además para su defensa artillería de buen calibre ⁴. Y no paró aquí, sinó que para mayor derrota de quienes le apellidan beato, flojo é indolente, alzó Felipe II aquellas celebradas Atarazanas «que junto á Castel-novo contienen sesenta arcadas, ó naves para fabricar y varar

¹ «Edificó el castillo de Anvers, que costó un millón, y lo reedificó después que lo recuperó el Duque de Parma, y hizo otros en Valencianes y en Malinas y en Frejilingas, con que se aseguraron los Estados.» Licenciado Porreño, *Dichos y Hechos*. Ibid.

² «En Toscana fortificó á Orbitelo, Talamon, Puerto Hércules y Galta.» Baltasar Porreño, *Dichos y Hechos*, cap. XII, pág. 167.

³ Licenciado Porreño, libro y capítulo citados, pág. 168.

⁴ «En Otranto hizo cortinas y baluartes con buena artillería para su defensa.» *Dichos y Hechos*, id., id., id.

galeras ¹.» Ni se puede ménos de insertar aquí también al pie de la letra otro párrafo del autor que se va citando, porque su contenido pone harto de relieve que el ánimo de aquel Monarca miraba á todas partes para mejor remediar las necesidades de pueblos y naciones. «Fabricáronse con su orden y ayuda, dice aquel Licenciado, en el Atarazanal magacenes (almacenes) para la guardia y conservación de las municiones de las armadas, capaces de grandes cantidades, y piezas donde se forjan máquinás, armas y artillería.» Por donde vea el lector, cómo no fué enemigo de adelantos y progreso verdadero el Rey Felipe II. Lo cual aparece más patente teniendo á la vista aquellas otras palabras de la misma obra de Porreño donde añade: «Allanó y hizo enlosar caminos en el dicho Reino (Nápoles), por donde era imposible pasar en el invierno, por los fangos y barrizales, poniendo oficiales para su fábrica y reparos que hoy se llaman sobrestantes de estrada ².»

De modo que, repito, anda muy apartado de la verdad histórica quien siga aún creyendo que Felipe II fué Rey «fanático, incapaz de cosas grandes y sólo amante de inquisidores, frailes y monjas; y esto, por llevar á término fines egoistas y mezquinos.» Porque harto claro enseñan los citados monumentos el grande amor que el Rey Prudente mostró á todo lo que merece nombre de civilización en provecho y defensa de los pueblos. Notorio es además, que D. Felipe tuvo y tiene la gloria de haber sido el primero que en muchas partes de Italia y de España mandó construir y levantar fábricas donde se fundiesen todo género de cañones, dando así grande empuje y vida á las armas, y por ende al cuerpo de artillería ³.

Y al mismo tiempo que llevaba á cabo tantas obras de edificios civiles y religiosos con grandísimo provecho de las artes, y todo linaje de sabiduría, no olvidaba ni un punto la persecución del error y el amparo de la verdad católica. Prueba de ello

¹ Porreño, *Dichos y Hechos*, allí mismo.

² El licenciado Porreño, *Dichos y Hechos*, cap. XII, pág. 168.

³ «En su tiempo y con su ayuda se comenzó á hacer fundición de artillería en Nápoles, Sicilia y España.» *Dichos y Hechos*, cap. XII pág. 169.

son los grandes auxilios que prestó al Duque de Baviera don Fernando para que á viva fuerza rindiese al tristemente celebrado Tricesio, Arzobispo y factor de vicios y herejías, y lo arrojase con sus colegas perversísimos fuera del territorio de Colonia ¹. Ni mucho ménos dejaba sueltas y abandonadas las riendas del gobierno de sus Estados, sinó que andaba siempre vigilantísimo en conservarlos y defenderlos de los enemigos, poniendo en práctica constante su política, tan católica como española. Por lo cual, el respetado autor ya tan citado, añade en el capítulo XII de sus *Dichos y Hechos* lo que sigue: «Con su ayuda, avisos y socorros ganó el Archiduque Alberto el año 1596 la villa de Calés, y luego la de Ardres y la Hulst; y el año siguiente ganó á Amiens, Dourlan y otras plazas de mucho nombre en la guerra que se hacía á Francia por la parte del Ducado de Picardía ².»

Más se ha de añadir aún, para continuar la visita de los múltiples monumentos civiles edificadas por el Prudente Rey: que á la memorable y antiquísima ciudad de Palermo embelleció en gran modo, mandando fabricar en su puerto un muelle espacioso y de mucha lindeza. Así mismo consta hasta en las guías del viajero de aquella ciudad, que el Prudente Filipo renovó y fortificó su castillo. Y por no dejar olvidada obra alguna de las principales que llevó á término en aquella tierra D. Felipe, quede también aquí apuntado que su real munificencia hizo levantar fortificaciones solidísimas en derredor de la ciudad de Caller ó Cagliari en la Isla de Cerdeña ³.

¹ «Dió su ayuda á Ferdinando, Duque de Baviera, para que echase á fuerza de armas del arzobispado de Colonia al Arzobispo Tricesio, y sus aliados, gente perversa.» Pág. 168 de los *Dichos y Hechos de don Felipe II*.

² Porreño, *ibid.*, pág. id.

³ «En Palermo hizo el muelle y fortificó el castillo; y en Cerdeña á Caller.» *Dichos y Hechos*, lib. y cap. citados.

II.

EN AMÉRICA.

No podía quedar encerrado el celo del Católico Monarca en Europa, sinó que pasando al otro lado de los mares, se dilató por los reinos del Nuevo Mundo: y así como según lo probado, levantó innumerables templos á Dios y casas de religión por toda aquella tierra de indios infieles, así igualmente edificó no pocos monumentos civiles, tanto para seguridad y belleza de los pueblos, como para mayor provecho intelectual y físico de los naturales. Porque vino á ser cada cual de aquellas fábricas, edificadas por D. Felipe, modelo científico y escuela de bellas artes, despertadoras perennes de las inteligencias de aquellas gentes hasta poco ántes idólatras y de mucha rudeza.

De todo ello puede dar buen testimonio la Habana, población que el Rey Felipe II mandó fortificar sólidamente. Levantó los dos fuertes que guardan el puerto día y noche, dando socorro á las embarcaciones ántes de entrar. El mismo Príncipe llevó á cabo la obra de aquel otro fuerte que llaman de San Cristóbal, y dió también principio y remate al castillo denominado el Morro. Trajo asimismo aguas dulces á la ciudad para la salud y regalo de sus moradores, é hizo otras muchas obras en la isla y en partes aspérrimas, inhabitables é inaccesibles ¹.

Pasando de la isla de Cuba á la de Santo Domingo, se encuentran allí también rastros, y no pocos, del grande amor que D. Felipe mostró siempre á las ciencias, al arte y al bienestar de los hombres. En Santo Domingo, con efecto, erigió fortaleza solidísima, á la cual hizo formidable, erizándola de

¹ «Fortificó la Habana con dos fuertes ántes de entrar, donde surgen las naos, sin el fuerte llamado de San Cristóbal, en que se amarran, y el Morro; trajo el agua desde muy lejos y tajó la isla por la marina, que está inaccesible.» Porreño, cap. XII, pág. 169.

cañones de artillería. Dejó también alzado allí mismo un fuerte soberbio y tremendo, defensa y centinela avanzado de la ciudad, sirviendo al propio tiempo de señal y seguridad á los buques surcadores de las vías marítimas camino de Cartagena ¹.

No podía quedar tampoco desairada la hermosa isla de Puerto Rico, cuya importancia conocía hartó bien el Prudente Filipo. Por la cual razón mandó levantar dentro del mismo puerto, muy próximo á la ciudad, fortalezas, baluartes y castillo que la hiciesen inexpugnable, de mayor majestad y belleza. Y para mejor lograr este tan laudable objeto, edificó además otros dos fuertes, ó castillos, en la boca del puerto: uno que se veía medio escondido en el manglar, ó tierra que allí hay de mucho mangle, y otro en el punto que se conoce y llama con el nombre de la «Punta de afuera ².»

En otros mil puntos de América levantó D. Felipe monumentos gloriosos que perennemente despertasen en los siglos futuros su grandeza y su memoria. En aquella misma ciudad de Cartagena, cuyo puerto en la costa de Tierra Firme, pasa por uno de los mejores de todas las Indias, alzó una ciudadela fortísima á la mano izquierda del primer surgidero, y colocó en ella, haciéndola temible, veinte piezas de grueso calibre. Y por si esto no era suficiente, mandó erigir otro fuerte no lejos, sino frontero al de las Carabelas y Galeras. Fué bautizado con el sobrenombre de Getsemaní. Otras fortalezas y cordones de murallas fueron levantadas por su mandato en las islas de la Margarita, Rio de la Hacha y en Santa Marta ³.

Muchas veces en la edificación de muros y fortalezas tenía el Rey por objeto, además de los fines dichos, ahorrar gentes

¹ «En Santo Domingo hizo una fortaleza con artillería; y un Morro en una punta á la salida para tomar la derrota de Cartagena.» *Dichos y Hechos de D. Felipe II*, en el libro y capítulo dichos.

² «En Puerto-Rico hizo la fortaleza y castillo dentro del puerto, junto á la ciudad; y ántes había hecho en la boca otros dos fuertes, el uno escondido en la manglar y el otro en la punta afuera.» *Dichos y Hechos...*, cap. XII, pág. 169.

³ «En Cartagena hizo un fuerte en el primer surgidero á la mano izquierda con veinte piezas, otro frontero, etc. *Dichos y Hechos*, allí mismo.

y tropas de guarnición en las poblaciones grandes, para tener en la mano el disponer de ellas contra los enemigos de la fe católica y de la independencia de la patria. Así, por ejemplo, «fundó D. Felipe II un castillo en la isla Tercera, excusando con esto el tener ocupado un tercio de españoles»¹. De modo que en el apercibir el Rey de fortalezas á los pueblos de sus Estados en el Viejo y Nuevo Mundo, mostró hartó á las claras no sólo su amor á las ciencias y á las artes, sinó además cálculos bien fundados en pro de la Hacienda pública y de la economía.

Y tomando de nuevo el hilo de la narración sobre el mucho edificar del Rey Prudente en América, cabe ahora hacer mención de San Felipe de Puertovelo, hoy Portobelo; porque allí también erigió Su Majestad castillo muy firme, donde dió señales de mucha actividad é inteligencia D. Francisco de Balverde. Levantó asimismo otras fortalezas, sin contar los edificios sólidos y magníficos que siempre se conocieron por el nombre de Casas Reales². De igual manera el Católico Monarca mandó construir otros edificios de mucha duración y grandeza en la ciudad y puerto de Panamá, que por su origen fueron también llamados *Casas Reales*. Quiso además engrandecer esta población para que sirviese de anillo y estrechase los lazos comerciales de entrambas Américas; porque se halla sentada sobre el istmo de su nombre, uniendo á entrambos continentes³.

Dando quizá origen á proyectos modernos, el Rey Felipe II levantó castillo fuerte en el río Chagres, que riega aquel colombiano país, quizá con el objeto de canalizarlo y ponerlo en contacto con el otro río llamado Grande, tornando así de suma importancia todo aquél territorio y departamento. Lo cual se

¹ Porreño, en el libro y capítulo citados.

² «En San Felipe de Puertovelo hizo el castillo á que asistió D. Francisco de Balverde, con otro fuerte y las casas Reales.» *Dichos y Hechos* cap. XII, pág. 170.

No es preciso ni siquiera apuntar que el «Puertovelo» de que habla el autor Porreño es Portobelo en los Estados de Colombia, con puerto en el mar de las Antillas y clima poco sano.

³ «Hizo las casas Reales de Panamá.» Porreño, allí mismo.

puede sospechar con no poco fundamento, habida consideración á la fortaleza que allí mandó edificar y á las ingeniosas miras é inclinaciones suyas de unir unos países con otros, como se ha visto en aquel vasto y grandioso plan de poner, mediante el Tajo canalizado y navegable, en más estrecho abrazo á España y Portugal.

Los edificios públicos con que D. Felipe engrandeció á varias poblaciones mejicanas, singularmente á la ciudad hermosa y tan amiga de fábricas y de comercio, la Puebla de los Angeles, así como á otros muchos pueblos del Perú, señalados quedan en el artículo precedente. Pero no hay que poner término á este punto sin recordar que aquel Rey tan injustamente calumniado y tenido como enemigo de luces y de saber, echó cimientos y remate á los fuertes y castillos del Callao, ó puerto de Lima, haciéndolos formidables á las naos extranjeras, merced á la gruesa y abundante artillería con que los rodeó¹.

De todas las cuales obras religiosas y civiles edificadas por el Monarca Prudente para gloria de Dios y provecho de los hombres, colija ahora el juicioso lector cuán descaminados andan los enemigos fieros y mansos del gran Rey al enseñar que fué su ingenio regular y común, su espíritu pequeño, sus conocimientos y amor á las ciencias muy escasos, su ignorancia mucha, su alma presa de fanatismo, y toda su persona envuelta en cierto apocamiento, ineptitud y sin resolución para nada útil y provechoso al bien del género humano. Mas con su mudo lenguaje, y á la vez elocuentísimo, predicán lo contrario cada uno de esos monumentos que se han descrito y señalado. Muchos de ellos permanecen aún en pié y firmeza. Pregúntales quien ame la verdad: ellos con voz unísona responderán que el Rey Felipe II fué tan incansable apóstol de la fe de Cristo, como propagador y Mecenas de las ciencias y las artes.

¹ «Hizo otros fuertes en Paita y Guayaquil; y la fortaleza del puerto del Callao de Lima, con mucha y buena artillería.» *Dichos y Hechos*. cap. XII, pág. 170.